

ter de la revolucion, en armonía con las ideas de todos los hombres que en el interior trabajaban por derribar al gobierno, tomó aquella el vuelo que era de esperarse. Los Estados de Jalisco, Durango y Zacatecas, proclamaron ya abiertamente su opinion sobre el llamamiento del general Pedraza á la presidencia, extendiéndose la legislatura del último de dichos Estados á disponer que salieran á la campaña cuatro mil hombres de sus milicias. El coronel D. José Antonio Mejía, con una escuadrilla que habia formada en Tampico, y seiscientos hombres, se habia apoderado del puerto de Matamoros y otras poblaciones del Estado de Tamaulipas, donde el gobierno tuvo ademas una gran pérdida entonces, por haberse suicidado el dia 3 de Julio el general D. Manuel de Mier y Teran, que era uno de los buenos defensores de su causa; y en S. Luis Potosí, el general D. Estéban Moctezuma, despues de haber derrotado en el Pozo de los Carmelos al coronel D. Pedro Otero, que quedó muerto en el campo de la batalla, consiguió que la legislatura y el ayuntamiento se adhiriesen á la revolucion, reponiéndose ademas todas las autoridades que habian sido allí destituidas tumultuariamente despues del plan de Jalapa.

El vice-presidente Bustamante, en vista de tan contrarios sucesos, insistió en la idea que antes habia tenido de salir á mandar en persona el ejército, con cuyo objeto convocó al congreso á sesiones extraordinarias; y habiendo obtenido la licencia respectiva, nombrándose para sustituirlo en el gobierno, durante su ausencia, al general D. Melchor Múzquiz, quien tomó posesion de su encargo el dia 14 de Agosto, organizó una division de unos tres mil hombres, y con ella se dirigió al encuentro del general Moctezuma, á quien logró derrotar el dia 18 de Setiembre en una batalla sangrienta que tuvo lugar en el puerto del Gallinero, cerca de San Miguel Allende, marchando en seguida hasta San Luis Potosí, donde restableció las autoridades destituidas poco antes por el mismo Moctezuma, salvándose por la fuga las que éste habia repuesto.

Mientras que esto pasaba, el general Santa-Anna, retirado

á Vera-Cruz despues de las conferencias del Puente; determinó dejar guarnecidos ambos puntos con solo las fuerzas necesarias para su defensa, y marchar con la mayor parte de sus tropas á Orizava, como lo hizo, con el objeto de aumentarlas allí con el número que creia necesario para invadir el Estado de Puebla, y dirigirse á la capital de la República. En vista de este movimiento, el general Fácio, que habia tomado en Jalapa el mando del ejército, por haber separado el gobierno al general Calderon, marchó á situarse en San Andrés Chalchicomula; y siguiendo el mismo sistema que habia perdido antes á las tropas del gobierno, en vez de ir á hostilizar á Santa-Anna en Orizava, se mantuvo allí en inaccion, esperando que aquel viniese á atacarlo.

Cerca de dos meses permaneció Santa-Anna en Orizava, ocupado en aumentar y ejercitar sus tropas, á las que se habian agregado las que condujo en aquellos dias de Tamaulipas á Vera-Cruz el coronel D. J. A. Mejía, y á fines de Setiembre, tan luego como las consideró en buen estado para emprender la campaña, salió al encuentro del ejército de Fácio, al que derrotó cerca de San Agustin del Palmar, y en seguida marchó hácia Puebla, de cuya ciudad se apoderó el dia 4 de Octubre, despues de la corta resistencia que en ella le opuso D. Juan José Andrade, comandante general de aquel Estado.

La ocupacion de Puebla por el general Santa-Anna, precedida de la derrota del ejército de Fácio, y de la noticia recibida por aquellos dias de haberse adherido los Estados de Yucatan, Tabasco y Chiapas á la revolucion, vino á destruir todas las ilusiones que por la victoria del Gallinero habian podido formarse los partidarios del gobierno, alentando al mismo tiempo á los Estados del interior, así como á las partidas de tropas que entonces recorrian los de México y Michoacan á las órdenes de D. Juan Alvarez, D. Gabriel Valencia y D. Benito Quijano. Por otra parte, con el hecho de la toma de Puebla coincidió otro de grande importancia para la revolucion, cual fué el de haber

arribado el día 5 de Octubre á Vera-Cruz el general Gomez Pedraza, quien aunque se habia rehusado á venir á la República cuando fué á invitarlo D. J. M. de Castillo y Lanzas, por no querer hacerlo en virtud del simple llamamiento de un cuerpo de tropas pronunciadas, accedió á ello cuando fué á verlo una segunda comision compuesta del coronel D. Juan Soto y del Lic. D. Anastasio Zerecero, los que ademas de ser conductores de diversas comunicaciones del general Santa-Anna, del coronel D. Ciriaco Vazquez, del ayuntamiento de Vera-Cruz, y de otras personas caracterizadas, pudieron hablarle ya en nombre de los Estados que lo llamaban á ocupar la presidencia, para la que habia sido legalmente elegido.

Con la llegada de este personaje, la revolucion, que contaba entonces ya con muchos elementos para su triunfo, se presentaba con una cabeza, que era al mismo tiempo la personificacion del principio que ella habia proclamado últimamente, y no podia tardar en consumarse. Luego que desembarcó Pedraza en Vera-Cruz, se ocupó en hablar á la nacion, á sus autoridades y á todas las personas de influencia en la capital y en los Estados, por medio de circulares y cartas particulares, en las que con un lenguaje enérgico y persuasivo exhortaba á todos á procurar la terminacion de la guerra civil, para que entrando la nacion en un órden de cosas legal, pudieran consolidarse en ella la paz y la libertad, y en seguida se puso en camino hácia Puebla.

La noticia de la toma de esta importante ciudad, causó grande alarma en la capital, temiéndose que desde luego viniera Santa-Anna á atacarla, sin que pudiera prestarle auxilio alguno el general Bustamante, que se hallaba todavía en San Luis. El congreso autorizó el día 8 al presidente para obrar en lo gubernativo y en lo militar, como lo exigieran las circunstancias, y el general Múzquiz, con el objeto de ganar tiempo, se apresuró á enviar á Puebla unos comisionados para tratar de un avenimiento. El general Santa-Anna, despues de oirlos, envió tambien comisionados á la capital, los cua-

les regresaron á Puebla, acompañados de otros que mandaba el gobierno; pero no pudiendo acordarse nada, porque el congreso se negó á ocuparse de la entrada del general Gomez Pedraza al poder, terminaron las conferencias sin resultado alguno, y el día 18 de Octubre emprendió Santa-Anna su marcha sobre México. El gobierno entonces declaró á esta ciudad en estado de sitio, confiando su defensa al general Quintanar. El general Santa-Anna ocupó sin oposicion á Tacubaya, Guadalupe y otros puntos inmediatos á México, y el día 1.º de Noviembre dirigió al general Quintanar un oficio en que le intimaba la rendicion de la capital, el cual fué contestado negativamente. Entretanto, se aproximaba á ella el general Bustamante con sus tropas, y en vista de esto, levantó Santa-Anna el campo y se dirigió á Huehuetoca. Allí se encontraron ambas fuerzas muy cerca una de otra, y despues de varios combates parciales en diversos puntos, caminando ambos ejércitos hácia Puebla, el día 6 de Diciembre se empeñaron en una reñida batalla en el rancho de Posadas, inmediato á dicha ciudad, sin alcanzar triunfo completo ninguno de los contendientes, adquiriendo mas bien alguna ventaja el general Santa-Anna.

Despues de aquel combate, que fué tan sangriento como el del Gallinero, el general Cortazar, que se encontraba en la division de Bustamante, solicitó y obtuvo una entrevista privada con los generales Santa-Anna y Gomez Pedraza, la que fué seguida de otras, con los principales jefes de aquella division, resultando de esto un armisticio, durante el cual convinieron en adoptar un proyecto de pacificacion formado por Gomez Pedraza, que á la vez que establecia un olvido absoluto sobre todo lo ocurrido desde 1.º de Setiembre de 1828 á la fecha, aseguraba el triunfo completo de la revolucion, entrando aquel á ejercer la primera magistratura de la nacion, hasta el 1.º de Abril de 1833, en que concluía su periodo legal, y procediéndose á hacer una nueva eleccion de presidente, congreso general, legislaturas de los Estados y diputaciones de los ter-

ritorios en toda la República. Este proyecto fué sometido por el general Múzquiz al congreso, quien lo reprobó en todas sus partes, declarando ser contrario á la constitucion; pero esto no impidió que se llevara á efecto, pues á pesar de aquella declaracion, los generales Bustamante, Santa-Anna y Pedraza, acompañados de otras personas notables de ambos bandos se reunieron en la hacienda de Zavaleta, situada en los suburbios de Puebla, y despues de algunas discusiones, el 23 de Diciembre quedó firmado por los jefes de los dos ejércitos el citado convenio, que desde aquel momento se convirtió en una ley general para toda la nacion.

En virtud de él, el dia 26 prestó el general Gomez Pedraza en Puebla el juramento constitucional, ante el consejo de gobierno y el gobernador de aquel Estado, que para este acto hicieron las veces de un congreso general, tomando allí posesion de la presidencia de la República. El dia siguiente, el general D. J. Joaquin de Herrera, unido á otros generales y jefes del ejército, que viendo ya caer la administracion del general Bustamante, de la que habian sido fieles servidores, no se resignaban á hacer el triste papel de vencidos, se pronunciaron por el convenio de Zavaleta, lo cual ocasionó que se disolviera el congreso, y que el presidente sustituto D. Melchor Múzquiz, lo mismo que sus ministros y otros funcionarios, se retiraran á sus casas, quedando así el paso franco á las fuerzas reunidas en Puebla para dirigirse ya á la capital, en la que los generales Gomez Pedraza y Santa-Anna hicieron su entrada triunfal el dia 3 de Enero de 1833, en medio de los vítores y aclamaciones que rodean siempre al vencedor.

Estando ya aquí, se ocuparon ambos en allanar algunos obstáculos que se presentaban todavía en varios puntos para consolidar la nueva situacion, y una vez conseguido esto, se retiró Santa-Anna á su hacienda, dando antes á luz un manifiesto, en el que, despues de hablar mucho de sí mismo, segun su antigua costumbre, decia con mucha formalidad á los mexicanos, *que si alguna mano volviera otra vez á turbar la paz*

*pública y el orden constitucional, no se olvidaran de él, cosa que sin gran dificultad se ha cumplido al pié de la letra, supuesto que como hemos visto ya en los sucesos que hasta aquí llevo referidos, y como se verá tambien en los que voy á referir, casi no hay uno de los frecuentes desórdenes que han agitado á la República, desde su independenciam, en que deje de figurar mas ó menos directamente el nombre del general Santa-Anna.*

En seguida, conforme á lo estipulado en el convenio de Zavaleta, se procedió á la eleccion de los poderes legislativo y ejecutivo de la nacion, resultando electo presidente de la República el mismo general Santa-Anna, y vice-presidente D. Valentin Gomez Farías.

De esta manera llegó á su término final la revolucion de Vera-Cruz, estableciéndose así un nuevo orden de cosas sobre las ruinas del que existia durante el derrocado gobierno del general Bustamante. A los hombres que dominaban en aquella administracion, cuyas ideas mezquinas no les permitian aspirar á otro bien mayor para la nacion que el de mantener á toda costa el orden público, sobre la base de conservar en ella todos los errores y abusos económico-sociales y administrativos que le dejó en herencia el sistema colonial, iban á sucederse otros hombres animados del deseo de poner en práctica algunas de las reformas radicales que son indispensables en este país, para que libremente pueda encaminarse á su engrandecimiento y prosperidad; mas como este cambio de gobierno no se habia operado sino por medio de un sacudimiento general, que á la vez que dejaba empobrecido el erario por los ruinosos contratos ejecutados por ambos contendientes para proveerse de recursos, habia relajado mas de lo que ya lo estaban por las revueltas anteriores, todos los resortes de la autoridad, que son tan necesarios para la marcha de la administracion pública en todos sus ramos, el nuevo orden de cosas iba á tropezar con dificultades insuperables, debiendo sucumbir muy pronto, como lo veremos mas adelante, á los podero-

sos enemigos que por otra parte habian de oponerle las clases interesadas en los abusos ó errores que atacaban las mismas reformas.

Volviendo ahora la vista á la ciudad de Vera-Cruz, no tendré necesidad de extenderme mucho para explicar cuáles y cuántos fueron sus padecimientos durante esa revolucion, cuyo desenlace era tan satisfactorio para su caudillo y para muchos de los que la promovieron. Errante por algunos meses una no pequeña parte de su poblacion; paralizadas las operaciones de su comercio con el interior, careciendo de numerario por falta de las conductas de caudales que en tiempo de paz bajan allí periódicamente; interrumpida la correspondencia con toda la República, sin poderse recibir por algunos meses sino una ú otra carta, que comunmente pasaba antes por las manos del comandante militar, única autoridad que entendia allí en todo mientras que la ciudad estuvo convertida en campamento; careciendo algun tiempo de víveres frescos, y sufriendo, por último, cerca de un mes el bombardeo de las tropas del gobierno, es muy fácil comprender el triste estado en que se hallaron durante la mayor parte del año 1832 los habitantes de Vera-Cruz, y cuáles serian los perjuicios que muchos de ellos resintieron en sus intereses.

Para dar todavía un brochazo mas negro á aquella desgraciada situacion, vino á tener lugar allí entonces uno de esos crímenes que por fortuna son muy poco comunes en aquella poblacion, y que causó naturalmente una triste y profunda sensacion en todo su vecindario. Este hecho, ocurrido en la noche del dia 10 de Junio, domingo de la Pascua de Espíritu Santo, fué el de haberse introducido cinco malhechores en la casa de los Sres. Philippi y Wehber, con el objeto de robarla, y asesinado al socio principal de ella D. Juan C. Wehber.

El plan de los malhechores era matar á todos los individuos que vivian en la casa, luego que fueran entrando en ella al retirarse en la noche, y en seguida robarla tranquilamente, habiéndose puesto antes para todo esto de acuerdo con un sir-

viente de la misma casa. Los que vivian en ésta entonces, eran D. Juan C. Wehber, D. Eduardo F. Watermeyer, D. Federico Müller y D. Marcelino Sanchez. Por desgracia de Wehber, él fué el primero en entrar á las ocho de aquella noche á su casa, y al llegar al pié de la escalera fué vilmente asesinado por dos de los criminales que lo asaltaron allí. Cometido ya aquel alevoso homicidio, se disponian los malhechores á ejecutar los demás; pero una feliz casualidad salvó la vida á los compañeros de Wehber, haciendo que el carpintero Apolonio Ruiz, que tenia su taller en la casa inmediata, oyera los gritos de desesperacion que daba aquel desgraciado, al defenderse de sus asesinos. Este honrado artesano, luego que oyó las voces de Wehber, salió á tocar la puerta del zaguan de la casa, llamando ademas al mozo; y como no la abrian, y pudo tambien observar por el ojo de la llave algo de la triste escena que allí pasaba, se dirigió inmediatamente á pedir auxilio á la guardia del hospital de San Sebastian, que estaba entonces en una casa no muy distante de allí; pero mientras que Ruiz fué á dar ese paso, los malhechores, notando ó sospechando que habian sido descubiertos, se alejaron precipitadamente de la casa, de modo que cuando volvió aquel á ella, acompañado de algunos soldados, no se encontró mas que el cadáver de Wehber tendido en el patio, y al sirviente, que estaba arriba, pretendiendo aparentar que habia sido atropellado por los ladrones.

Pocos momentos despues, se presentó en la casa el mayor de la plaza D. Miguel Castilla, quien aprehendió inmediatamente al mozo, poniéndolo á disposicion del alcalde L.º D. Feliciano Miron, quien comenzó desde luego á hacer las averiguaciones correspondientes. En virtud de las declaraciones del mozo, se dispuso la aprehension de los cinco malhechores, uno de los cuales se llamaba Clemente Victoria, y otro Ignacio Ortega; y como todas las autoridades tomaron empeño en el pronto y ejemplar castigo de aquellos criminales, muy en breve se logró asegurar á cuatro de ellos, habiendo matado á uno